

¿Cuál es la ley que rige tu corazón?

Me encantaría iniciar esta reflexión diciéndote que el amor es la ley que siempre ha regido mi corazón, pero, si dijera eso, te estaría mintiendo. Hace varios años al llegar a Estados Unidos, los miedos e inseguridades al estar en una cultura desconocida, favorecieron que se desarrollara en mi alguna preferencia por ciertas personas y, de exclusión hacia otras. La tendencia era desconfiar de quienes no eran igual a mi, que pensaban diferente, que hablaban un idioma que yo no entendía. No era precisamente que tuviera algo en contra de esas personas, pero sí admito que actuaba con apatía hacia ellos, inclusive, hasta llegué a colocar etiquetas mentales que decían: alerta, cuidado, pueden hacerte daño, son rudos, violentos, peligrosos, arrogantes, etc. Nunca me imaginé que no sólo me estaba perdiendo el gozo de la presencia de Dios en los demás, sino que, mis miedos me hacían pecar al tener esta actitud de discriminación.

Con relación a esta situación social y moral que viven muchas personas, como me sucedió a mí en el pasado, el Papa Francisco nos dice: “el problema no es el hecho de tener dudas y sentir miedo. El problema es cuando esas dudas y esos miedos condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en seres intolerantes, cerrados y quizás, sin darnos cuenta, incluso racistas. El miedo nos priva así del deseo y de la capacidad de encuentro con el otro, con aquel que es diferente; nos priva de una oportunidad de encuentro con el Señor” (Homilía de 14 enero 2018).

El camino espiritual es un proceso de transformación en el que no podemos avanzar, si no estamos dispuestos a eliminar ciertos hábitos, formas de pensar y de actuar que nos alejan de Dios. Dejarse moldear por Dios es un proceso de cambio que muchas veces nos duele. En una ocasión, después de recoger a mis hijos de la escuela, haciendo fila en el carro para poner gasolina, miré venir a dos jovencitos en dirección a nosotros. Se miraban diferentes a mis hijos, vestían de otra forma, sus cabezas estaban rapadas y balanceaban al caminar. Disimuladamente subí las ventanas y cerré las puertas de mi carro. La pena me invadió cuando mis hijos con mucha alegría, bajaron las ventanas del carro para saludarlos, eran sus compañeros del equipo de baseball, unos jóvenes respetuosos y amables. Una vez más grité en mi interior: ¡Señor, perdóname y ten compasión de mí! Como esa, han sido muchas las ocasiones en las que he aclamado a Dios, diciéndole como el ciego de Jericó: “¿Qué quieres que haga por ti?” y él respondió: “Que vea Señor, que vea”.

Que vea que las cosas que están sucediendo en el mundo, lo que presentan las noticias, los comentarios de personas heridas con miedos, rencores o situaciones difíciles de perdonar, no justifican ni validan la tendencia a dividir, a sentirnos confortables, a pensar yo estoy bien, los otros están mal.

Jesús es quien nos mueve a pedir su auxilio y nos consuela diciéndonos: “Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne, y lo daré para la vida del mundo” (Jn 6, 51).

Mucho de lo que sucede todos los días a nuestro alrededor no da vida al mundo, sino, destrucción; por eso, existe una gran necesidad de que nos comprometamos intencionalmente a vivir los valores cristianos y dejar de etiquetar a las demás personas, siendo inclusivos con todas las razas, etnias y culturas, y así poder reafirmar el valor de la diversidad y el respeto mutuo. Te invito a que consideres

esta inspiración como una oportunidad para examinar conscientemente cual es la ley que está rigiendo tu corazón.

A continuación, te comparto un texto que puede ayudarte a meditar y orar al respecto, es de José María R. Olaizola, sociólogo y teólogo Jesuita. Lo puedes encontrar en www.rezandovoy.org, lo recomiendo como un recurso valioso en el crecimiento espiritual.

La ley

La ley, sí, pero ¿qué ley?
No la del puro que observa,
desde una barrera de cumplimientos,
a los equivocados, los perdidos,
los transgresores.
No la de quien agarra la piedra
y lapida al culpable
en nombre de un Dios cruel.
No la de la virtud jactanciosa,
o el discurso hipócrita.
No la de la brizna en el ojo ajeno,
ni la del ego desmesurado.
No la que esclaviza y no libera.
No la de credos impuestos.
¿La que se cumple por miedo? ¡No!

La del amor. Solo esa.

Que se conmueve, arde,
celebra y lucha;
que tiende los brazos.
que entiende las caídas,
que aspira a todo
desde el saberse poco.
La de la entraña estremecida
ante el misterio del prójimo.
La del sollozo compasivo
que no renuncia a la esperanza.
La que sostiene la vida
sin conformarse con menos.
La de la risa sincera.
La de vaciarse hasta la última gota.
Y vivir. Y morir. Y resucitar.
Esa ley.

No olvides escribir lo que Dios te manifieste. Si gustas compartirlo conmigo, envíamelo: amen@lauralopez.org, será un placer ser testigo de tu relación con Dios.

Gracias a Dios que existes, El te creó con una misión especial, tu tarea, con su ayuda, es hacerla realidad. Laura Lopez.

*Dios te bendiga. Oro para que, a través de estas Inspiraciones Semanales, el Espíritu Santo te guíe y continúe revelando el plan de Dios en tu vida. Si en este momento no te es de ningún beneficio recibirlas, solo responde "NO GRACIAS" y automáticamente dejaras de recibirlas. Si por el contrario te motivan a crecer en intimidad con nuestro Señor Jesús síguelas y si es posible, compártelas con alguien más. Puedes enviarme sus correos electrónicos para agregarlos y ellos las recibirán directamente. Un abrazo fraternal
~Laura. 6/14/2020*